

ANDREA LONGARELA

Ojalá
esta fuera
nuestra historia
de amor



Matchstories

*Ojalá esta fuera
nuestra historia
de amor*

Andrea Longarela

 matchstories

Lola y la sonrisa más bonita del mundo

Resulta complicado relatar una historia que lleva tanto de ti sin miedo a romperte o a vaciarte de tal modo que el recuerdo de ella nunca vuelva a ser el mismo.

Mi madre decía que contar un cuento es como entrar en un laberinto. Puedes conocer el final y solo guiarte hacia él, o puedes dejarte llevar por tu instinto y que sea una aventura nueva cada vez.

Y mi historia, nuestra historia, funcionó un poco de las dos formas. Conocíamos el final y, aun así, nos dejamos llevar a ciegas por todo lo demás, con una venda invisible sobre los ojos con la que obviamos algunas cosas y fuimos descubriendo otras.

Ni siquiera sé por dónde empezar, si por un beso, por uno de esos instantes compartidos que visito cada vez que cierro los ojos o por aquel viaje que hicimos a una playa nevada sin necesidad de levantarnos de la cama.

O quizá por cómo acabó todo.

Puede que lo mejor sea comenzar por el principio; pero no por el oficial, ese que contábamos a los demás y que se resumía en «él y yo, y una cita desastrosa», sino por el otro. El especial. El que hizo que captara mi atención y que él se fijase en mí.

La casualidad. El destino. La magia.
Sí, quizá debería empezar hablando de una sonrisa.

* * *

—¡Lola, despierta! —La dulce voz de Elena me trajo de vuelta a la vida antes de salir de mi dormitorio igual de rápido que había entrado.

—Mmm..., no. Un poquito más... —me quejé, como una niña a la que obligan a despertar para ir al colegio.

Elena se asomó una última vez tapándose los ojos con la mano para no ver más de lo debido.

—Están echando *Dirty Dancing*.

Cerró la puerta y yo suspiré.

Patrick Swayze siempre me había parecido un buen motivo para levantarme de la cama.

Enfoqué la mirada y vi en el despertador que eran casi las cuatro de la tarde. Otro domingo más perdido. En el acto, intenté recordar la noche anterior. Había salido con unos amigos y había llegado a casa cerca de las siete de la mañana, borracha y con los zapatos en la mano. Y no lo había hecho sola.

No me gusta confesar que nuestra historia de amor comenzó así, conmigo con el maquillaje corrido y acompañada por un cuerpo que no conocía de más que de unas horas entre sombras y chupitos de vodka. Y no, no se trataba de él.

No obstante, debo hacerlo, porque los condicionantes estaban en todas partes, incluso en esa cama de dosel blanco y con lo que la llené en aquellos meses anteriores hasta sentirme vacía y algo perdida. Además, siempre he sido de las que piensan que cada paso que damos nos lleva a lo que de verdad nos está destinado. Cada error, decepción, éxito, fracaso o experiencia con-

forma los peldaños que nos acercan hacia lo que, al final, marcará nuestra vida.

Me tumbé boca arriba y, con voz ronca, le hablé al cuerpo desnudo con el que había compartido sueño:

—Tienes que irte.

—¿Qué hora es?

—La de marcharte.

—¿Siempre eres así de simpática por las mañanas?

—No. Esta es mi cara buena.

Él se rio. ¿Cómo se llamaba? ¿Samuel? ¿Sergio? Ni siquiera podía recordarlo. Lo peor era que no me importaba; solo quería que se marchara y que me dejase sola.

Se incorporó y me regaló un desnudo de espaldas bastante decente.

—¿Me das tu número?

—Mejor me das tú el tuyo —contesté, mordiéndome el labio, algo incómoda por la situación. Odiaba ese momento.

Volvió a reírse y sacudió la cabeza.

—Debería ofenderme, pero la verdad es que me gustas, Lola.

Se giró, mientras se abrochaba el pantalón, y me sonrió. Era muy mono, con los ojos azules y el pelo negro revuelto, pero no me transmitió nada más que eso.

Hacía tiempo que nadie me provocaba nada.

Le devolví mi mejor sonrisa de niña buena.

—Me lo pasé bien ayer —dije en un intento por sentirme un poco mejor y que ese regusto amargo y decepcionante desapareciera. Era obvio que no volveríamos a vernos.

—Yo también. —Fui a levantarme para vestirme y acompañarlo a la puerta, pero negó con una mano—. No hace falta. Ya sé dónde está la salida.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó, echándose la cazadora sobre un hombro y guiñándome un ojo al salir.

Al final, no me había dado su número.

Respiré aliviada y me dejé caer sobre el colchón.

Observé el mural que adornaba el techo de madera de mi cama, mientras asumía que ya hacía mucho que no tenía nada nuevo que escribir en él. Nada. Los días de los últimos meses no eran más que una sucesión de vacíos olvidables.

Y es que, cuando él apareció, yo estaba en una de esas épocas. Lo había dejado con la persona con la que pensaba cumplir mil planes y sueños, así que me había zambullido en la etapa de acostarme con cualquiera que me gustara mínimamente. Un período de mi vida en el que no sentir era mucho mejor que volver a hacerlo. Llevaba así ocho meses y la lista de noches que acababan igual que aquella comenzaba a ser considerable. No era algo malo, solo divertido, pero empezaba a ver más claro de lo que deseaba que aquellas rutinas estaban dejando de servirme; una cosa era evitar sentir, y otra, vaciarme cada día un poco más hasta quedarme en blanco. Habían pasado de resultarme estimulantes a bastante insípidas.

No sé si mi estado anímico influyó en lo nuestro, ¿quién sabe? Lo que tengo claro es que llegó en el momento indicado, cuando yo anhelaba encontrar de nuevo lo que fuese que provocara algo en mí.

Me levanté, me puse una camiseta larga encima de la ropa interior y salí al salón. Elena me esperaba frente al televisor con un bol gigante de palomitas y con corazones saliendo de sus ojos. *Dirty Dancing* era su película favorita, y ella, mi compañera de piso desde hacía poco más de tres años, pero ya se había convertido en parte de mi familia. La visión de su mirada verde radiante por la emoción del cine, su melena castaña recogida en

una coleta y sus pecas, que hacían que aparentara diez años menos, me resultaba adorable.

—¿Quién era ese culo que me ha recibido al abrir la puerta?

—Se sonrojó al decirlo.

—No importa.

—Lo he visto al marcharse. Era guapo.

—Sí, pero solo era eso. —Ella me entendió a la perfección y no dijo nada—. Además, no era tan guapo como Patrick.

—Nadie lo es.

Me metí un puñado de palomitas en la boca y apoyé la cabeza en su hombro.

Tardé en dormirme cinco minutos, puede que menos.

Cuando me desperté, la película ya había terminado y yo estaba completamente tumbada en el sofá. Elena había desaparecido y solo la luz de la lamparita de la mesilla me iluminaba, pero no me encontraba sola. Otro cuerpo estaba sentado debajo de mis piernas y me las tapaba con una vieja manta.

Suspiré reconfortada y me estiré. Estaba muy a gustito.

—Hola...

Bostecé y Tristán me miró con cariño.

—Hola, Lolita. A juzgar por tus ronquidos, la noche fue memorable.

—Te eché de menos. Nadie sigue mi ritmo bebiendo tequila como tú.

—Tenía trabajo.

—¿Cómo lo llevas?

—He terminado el proyecto.

Alcé los brazos en señal de victoria y susurré:

—Bieeeen...

Él sonrió.

Tristán era mi otro compañero de piso y mi mejor amigo.

Nos habíamos conocido cinco años atrás y había ocurrido como lo hacen las cosas especiales de la vida: de un modo casual y un tanto tonto. Yo bailaba en una fiesta, cuando él se tropezó y derramó su copa sobre mi vestido. Pese a su torpeza y lo ridículo de la situación, comenzamos a charlar y enseguida asumimos que había algo invisible que nos unía. Fue fácil. Intercambiamos teléfonos y, dos días después, quedamos por primera vez.

No habíamos vuelto a separarnos.

Lo quería con locura. Lo sigo haciendo, pese a todo; puede que cada día de mi vida lo haga un poquito más.

Tristán se dedicaba al diseño gráfico y era muy bueno. Al menos, a mí me lo parecía, aunque, teniendo en cuenta mi aptitud para el dibujo y lo que lo apreciaba, no creo que mi opinión fuera muy objetiva.

Moví los deditos de los pies y él me los agarró, acariciándome con mimo.

—¿Qué tal el chico? ¿Ha cumplido?

—Sí.

—¿Vas a volver a verlo?

—No.

—Lola...

Su expresión se volvió más dulce, pero ya sabía lo que venía a continuación. Tristán siempre que me reñía ponía esa cara, como si por mirarme con ternura el golpe fuera a doler menos. Siendo honesta, funcionaba. Aquella noche tocaba la charla de: «Lola, ¿no ves que esto no es para ti?».

—No lo digas. Estoy bien. Solo estoy en *esa* etapa.

—Una etapa que ya dura ocho meses.

—Tú vives en *esa* etapa.

Tristán se pasaba el día follando con desconocidas en rinco-

nes oscuros. Nunca repetía ni se acordaba de su nombre al día siguiente. Nunca había conocido a ninguna chica que fuera especial para él. Nunca mostraba afinidad más allá de las sábanas con ninguna. No era quién para decirme nada.

—Ya, pero tú no eres una persona que pueda ser feliz mucho tiempo en ella, Lola.

Suspiré. Era posible que tuviese razón.

En algún momento de mi vida no muy lejano, yo había sido una persona que no creía en las relaciones esporádicas. Las había disfrutado, pero enseguida se me quedaban vacías, porque yo creía en el amor. Era una persona visceral cuando de sentimientos se trataba. Me entregaba, soñaba alto y necesitaba sentir para no perderme. Solo me había mecido en un paréntesis; un descanso de mí misma. Y, en el fondo, incluso dentro de ese paréntesis de realidad, era consciente de que no había dejado de buscar *eso* a lo que no sabía poner nombre en la compañía de todos aquellos desconocidos.

Aún no lo había encontrado en nadie, aunque estaba muy cerca.

Nunca habría imaginado que tanto.

Era 14 de enero y solo un día después mi vida iba a cambiar para siempre.

Pensándolo así, en frío y desde la distancia, asusta. Y no sé cómo no lo vi venir. Siempre había creído que las cosas grandes se atisban, que es imposible que se escondan por todo lo que abarcan. Pero no fue así, y cuando Elena me despertó aquel día, me levanté pensando que mi vida iba a seguir estancada en esa fase cómoda y segura en la que me movía como pez en el agua, aunque en mi interior supiera que no estaba hecha para mí.

Había llegado a ella como consecuencia de las decepciones pasadas, no era una chica especial en ese sentido. Simplemente,

¿qué pasa cuando el amor te enseña sus dos caras? Que huyes, te escondes y te lames las heridas hasta que retomas fuerzas y te dejas ver de nuevo. Y yo con Elías no solo había experimentado la parte de los fuegos artificiales y de las mariposas en el estómago, sino también el dolor y la decepción, y tenía miedo. Nos habíamos querido durante dos años, pero no habíamos sabido gestionarlo; no como los gritos y los reproches, en los cuales habíamos sido dos expertos.

No estaba enamorada de él, ahora creo que nunca llegué a estarlo. Lo nuestro se había acabado como sucede con las cosas que no pueden alargarse más y no había vuelto a verlo ni tenía intención de hacerlo. No obstante, al recordarlo, el sentimiento de fracaso me ahogaba, la certeza de que nos habíamos llevado parte del otro por el camino, y no quería seguir perdiéndome a mí misma.

Yo me daba, me entregaba sin reservas; ese había sido siempre mi principal problema.

—¿Y tú sí eres feliz así? —le pregunté, porque me costaba creer que Tristán fuera solo lo que dejaba ver al mundo en ese sentido.

El chico introvertido y un tanto rebelde que destilaba oscuridad; aunque a mí nunca me transmitió eso, solo una tristeza dulce de la que quería curarlo.

—Sabes que sí. Yo solo valgo para meterla, Lola.

Solté una carcajada y él me acompañó. Me gustaba cuando se reía así, porque lo hacía poco, con risas roncadas que se rompían entre sus labios.

Mi niño triste, cuánto lo quería.

—Vamos, anda. Voy a hacerte la cena.

—Son las dos de la mañana.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Sí. Llevas todo el día dormida.

Solté un bufido, pensando en las horas en vela que tenía por delante, y me levanté de un salto, ofreciéndole la mano para que me acompañara a la cocina.

—Entonces nos espera una larga noche.

—¿Nos espera? —gruñó.

Yo ni me molesté en contestar. Sabía que, por mucho que se quejara y maldijera entre dientes, aquella había pasado a convertirse en una de nuestras noches de comida, zumo y charla alrededor de la isla de la cocina.

Había pocas cosas que me gustaran más en el mundo que sentarme frente a Tristán y escucharlo hablar de la vida, de trabajo, de chicas, de lo que fuera. Me encantaba oír su voz, suave y susurrada, y dejarme mecer por ella hasta que todo parecía ir bien. Tenía ese efecto inmediato en mí.

A veces se nos sumaba Elena, aunque solía quedarse medio dormida en su silla, hasta que Tristán la cogía en brazos y la llevaba de vuelta a su cama como a una niña.

Éramos tres personas que no podíamos ser más diferentes, pero que juntos funcionábamos como un triángulo perfecto; éramos felices.

* * *

Al día siguiente, fui a trabajar sin dormir. No era la primera vez. Tampoco sería la última. Mi vida era un tanto caótica a nivel de horarios, pero me gustaba ir y venir sin entrar en rutinas.

Yo soñaba con ser actriz; bueno, como me decía mi padre, yo ya era actriz, pero, mientras la oportunidad de mi vida llegaba, me ganaba el sueldo como animadora en un hotel y en mi

tiempo libre seguía formándome con clases de canto, interpretación e inglés, salía con mis amigos o iba al hospital como voluntaria. Aquella tarde, casi lo necesitaba. Las visitas allí funcionaban tanto como un golpe de realidad como, de manera un tanto incomprensible, una especie de refugio para mí.

Cogí el autobús al salir del hotel y lo hice con mi maletín de juegos al hombro. Era de color rojo y estaba recubierto de pegatinas. Un enorme lazo morado adornaba sus asas. Era una horterada y llamaba la atención dondequiera que fuese con él, pero a los niños les encantaba.

Como no había pasado por casa, llevaba el uniforme del hotel, que consistía en un polo naranja con el membrete cosido y unas mallas azules. Deportivas, el abrigo por encima y una coleta alta. No es que mi ropa importase, pero, si hubiera sabido que lo iba a conocer, me habría peinado al menos antes de montarme en aquel autobús.

Subí de un salto; si hubiese tardado un segundo más, se habría marchado sin mí. También lo habría hecho él.

Supongo que el azar funciona así. En un solo instante, o por un desliz, todo tu mundo puede empezar a girar, cambiar de dirección o incluso perderse.

Ya dentro, busqué un asiento libre. A esa hora no solía estar muy concurrido, así que rápidamente atisé uno y me senté, dejándome caer con cansancio, y apoyé el maletín entre mis piernas.

No lo vi. Ni siquiera lo miré.

Cuando lo recuerdo, pienso en las personas interesantes que me habré perdido por el camino, personas sentadas a mi lado en un avión que me hablaron y con las que no quise entablar conversación, personas en la cola del supermercado, personas en la sala de espera de una entrevista de trabajo. Per-

sonas invisibles que estuvieron ahí, a mi alcance, y que no llegaron a ser.

Menos mal que el destino nos dio otra oportunidad. No dejó de hacerlo, en realidad, como si, quisiéramos o no, nos hubiéramos visto obligados a encontrarnos.

Me pasé todo el trayecto susurrando mi función, recordándola, porque últimamente no tenía tiempo para ensayar y me daba miedo quedarme en blanco. Un público es un público, haya pagado una entrada astronómica para verte o sea un bebé de un año.

Imagino que debió de pensar que estaba loca, con los ojos cerrados y repitiendo un montón de tonterías en voz baja, aunque no dijo nada hasta que terminé, como si tuviera miedo de mi reacción si me interrumpía antes de tiempo.

—Perdona, siento molestarte.

Me giré y, entonces, sí le presté atención. Era un chico joven, poco mayor que yo. Un chico cualquiera. Un chico más. Un chico normal que, de entrada, no tenía nada de especial.

—Sí, dime.

—Estás pillándome el pantalón. No puedo moverme.

Bajé la vista y me encontré con un trozo de sus vaqueros atrapado entre la barra del asiento delantero y mi maletín.

—Oh. ¡Lo siento!

Lo levanté y eso fue todo. Un «gracias» susurrado por su parte y después solo vi su cogote, porque había pegado la frente a la ventana, observando la ciudad, que parecía moverse a nuestro paso, e ignorando a su compañera de asiento, que hablaba sola.

Cuando vi los muros del hospital al final de la calle, me levanté. En cuanto la puerta se abrió, bajé y eché a andar hacia la entrada, sin mirar atrás.

Subí los seis pisos en el ascensor sintiendo ese cosquilleo que siempre me acompaña antes de una función. Recorrí los pasillos hasta que llegué a la zona que más odiaba en el mundo por el simple hecho de tener que existir, a la vez que era mi favorita por muchas otras razones.

Es increíble cómo lo bueno y lo malo a veces convergen en un punto, regalándote algo increíble.

Abrí una de las puertas de oncología infantil y todo cambió. El color de las paredes, llenas de ilustraciones y de dibujos hechos por los niños, de árboles que simulaban un bosque encantado, el sonido de las risas y los cuchicheos infantiles, el olor a esperanza, pese a que estuvieran allí por una lucha que nadie merecía tener que vivir; mucho menos ángeles en tierra.

La sala común de juegos estaba casi vacía, pero, en cuanto dos de ellos me vieron llegar, avisaron a la enfermera y, minutos después, la mayoría de los niños de la planta estaban allí. Con sus rostros pálidos marcados por la enfermedad. Con sus mascarillas, sus cicatrices, sus pinchazos en los brazos, sus vías, sus cabezas pelonas. Con los ojos brillantes llenos de ilusión, de esa magia que yo solo he visto en los niños que siguen creyendo cuando ya no tienen en qué hacerlo.

Me cambié rápidamente en los baños, poniéndome mi vestido de retales, las medias de rayas y los zapatones, pero aún me quedaba el toque final. Antes de entrar de nuevo, me coloqué la peluca naranja de media melena y, lo más importante, la nariz roja de payaso.

Cerré los ojos, conté hasta tres, empujé la puerta y sonreí.

Solo entonces, los abrí y me enfrenté a mi público favorito del mundo entero.

* * *

Sus risas me acompañaron mientras volvía a ponerme mi ropa en los aseos. Eso y la sensación plácida que me dejaba compartir aquello con ellos. Siempre me resultaba una experiencia única e increíble; sus expresiones de sorpresa, de incredulidad cuando los engañaba con alguno de mis trucos, sus carcajadas sinceras.

Tenía un mensaje de Elena diciéndome que ella y Tristán me esperaban abajo. Sonreí agradecida y eché a correr por el pasillo mientras les decía adiós a algunos que se asomaban desde sus habitaciones. Aunque amaba esas visitas, solían dejarme emocionalmente exhausta, por lo que me moría de ganas de pasar unas horas con mis amigos, tomar unas cervezas y charlar de todo y de nada.

Al llegar a la doble puerta que separaba esa zona del resto del hospital triste y gris, seguía con los ojos clavados en el móvil y no miré, solo apoyé la mano en la superficie y empujé. Al dar un paso, choqué con un hombre que entraba igual de rápido que yo en ese mismo momento. Mi móvil salió volando hasta hacer un ruido seco en el suelo.

Puede que mi mundo lo hiciera también.

—Oh, lo siento.

Lo recogió y me lo tendió.

—Perdona, ¿estás bien? Espero que no se haya roto.

Lo comprobé pulsando un par de teclas y suspiré con alivio. Alcé la mirada y me encontré con la disculpa también en sus ojos. Unos ojos que ya había visto antes.

Se trataba del chico del autobús y aquella era la segunda vez que le pedía perdón.

Observé un brillo de reconocimiento en ellos, aunque nunca llegué a saber si de verdad lo había hecho, si él me había reconocido a mí también como la chica rara del maletín rojo.

No sé por qué, pero fue algo que nunca comentamos. Algo tan nuestro como todo lo demás que se quedó allí, sin desenredar ni compartir.

Mientras lo miraba, pensé en lo curiosa que es la vida en ocasiones, cruzándote dos veces con la misma persona en una misma tarde. Una persona a la que nunca habías visto. Como si te lanzase a sus brazos.

—Sí, ha sido culpa mía. No miro por dónde voy.

Le mostré el teléfono y me disculpé yo también con la mirada, sonriendo.

Él me devolvió la sonrisa.

Era bonita. Mucho. Una sonrisa de esas en las que te fijas si la ves por la calle, aunque no vaya destinada a ti. De las que no puedes evitar devolver a tu vez, más intensamente. Una sonrisa que brillaba.

No me moví. Y no sé por qué. Quizá por la sorpresa. Quizá porque pensé en esas señales en las que me gustaba creer, aunque nunca se cumplieran. Quizá porque esperaba algo más, pese a que no sabía el qué.

Solo me quedé quieta, frente a él, y ese fue el comienzo de todo.

Un chico. Una chica. Un choque. Tres vueltas de campana.

El instante exacto de mi vida que me indicaba que algo estaba a punto de cambiar.

A veces sucede, ves a alguien y sabes que tiene algo. Llamémoslo equis. O encanto. O duende. Y te quedas clavada, disfrutando del momento y de las sensaciones que te evoca, estudiando sus ojos, entre grises y verdes, un color extraño que en el acto te parece un poco único, y su expresión divertida, porque sabe que lo estás haciendo, que estás pensando que tiene ese *algo* que ha captado tu atención, hasta hacerte olvidar que te encuentras

en la zona infantil de oncología de un hospital impidiéndole el paso y que tus amigos te esperan abajo.

—¿Me dejas pasar, por favor?

—Ah, claro.

Reaccioné y bajé la vista hasta fijarla en mis zapatos.

Me aparté de su camino y me marché de allí, sintiéndome estúpida, pero, inexplicablemente, sintiendo también su sonrisa en mi espalda, siguiéndome, acompañándome.

* * *

En cuanto salí, los vi. Elena parloteaba alrededor de Tristán, que fumaba en silencio, con un pie apoyado en la pared y con su mejor pose de rebelde sin causa, aunque a mí siempre me pareció más un niño perdido. Ella llevaba un vestido de cuadros estilo años sesenta y una cinta a juego en la cabeza. Parecía una muñeca. Él, un matón de colegio; con sus pantalones negros rotos, jersey de lana gris y el pelo, ya un poco largo, tapándole el rostro.

Cuando llegué a su lado, se lo retiré hacia atrás con los dedos.

—¿A qué se debe tanta emoción?

—¡Adivínalo! —me animó ella inquieta.

Lo supe enseguida, solo con verle los ojos. Detrás, Tristán ponía los suyos en blanco demostrándome su disconformidad. Cuando se trataba de Elena, nunca le parecía nada bien. La protegía de un modo irracional, como si fuera de cristal y cualquier acercamiento con un hombre fuese a dañarla sin poder evitarlo. Como si se tratase de una niña y no de una chica de veintiséis años que podía resultar ser más fuerte que nosotros dos juntos.

—Te lo ha pedido.

—¡Sí!

Elena se puso a saltar y a dar grititos y yo la acompañé, porque llevaba meses detrás de un compañero del colegio en el que trabajaba y, por fin, él había dado el paso y la había invitado a cenar. Tristán opinaba que no iba a funcionar, y solía tener muy buena intuición para esas cosas, pero preferíamos ignorarlo y ser felices durante un rato antes de asumir que el amor apesta casi siempre, más teniendo en cuenta la nefasta vida amorosa que arrastrábamos los tres.

—¿Y tu cara de «tierra, trágame»? —me preguntó él divertido; siempre fue único leyéndome—. ¿A qué se debe?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué has hecho esta vez, Lolita? —insistió.

Suspiré y me mordí el labio. También pensé en el rostro de aquel desconocido con el que me había encontrado dos veces. Un chico normal, un chico como cualquier otro, un chico que solo me había sonreído, pero que me había hecho volver a colgarme las alas en la espalda y volar unos segundos sin levantar los pies del suelo.

Hacía tanto que nadie provocaba nada en mí que eso había sido suficiente.

Sonreí y me enganché del brazo de mis amigos.

—Nada. Cruzarme con el chico con la sonrisa más bonita del mundo.

Era 15 de enero, el día en que mi vida cambió.